

Todo el mundo
espera con en-
tusiasmo la
aparición de

CRI-CRI
CINEMATOGRAFICO

La mejor revista

Deliciosas
novedades

Cuándo saldrá...? ¡¡Pronto!!

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 22

25 cts.



**CORAZONES
HUMANOS**

por
House Peters
Filmoteca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Vía Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO I

N.º XXII

Corazones Humanos

por **HOUSE PETERS**

Tragedia americana insuperablemente
ejecutada por los más notables
artistas de la «UNIVERSAL».

CONCESIONARIOS:

HISPANO-AMERICAN FILMS, S. A.
Valencia, 233.— BARCELONA

En los bosques de Ozark, que se hallan enclavados en el centro del vasto territorio norteamericano, comenzaba el estío, esa bella estación en que las flores, movidas por el céfiro suave, embalsaman los campos y nos hacen soñar en mágicos amores...

En Lóganville, una aldea primorosa, habitada por gentes rudas y sencillas, que vivían felices, fuertemente apegadas á sus costumbres rústicas y un tanto primitivas, gozaba de tranquila existencia la familia Lógan, cuyo cabeza, Pablo Lógan, de oficio herrero, fué el primero

en enseñorearse de aquel lugar apacible, que tomó su nombre con el aditivo *ville*.

La herrería de Lógan, á cuyo alrededor fundárase la aldea, era el centro de reunión de todos los lugareños.

Tomás Lógan contaba los mismos años que el risueño poblado, ó sea poco más ó menos 25 años. Alto, bien plantado, de buen temple, Tomás ayudaba á su padre en su oficio.

Pablo Lógan, en opinión de todos, era un gran sujeto, pero tan terco y tozudo que, según pública voz, sería más fácil transportar una montaña que hacerle cambiar de parecer cuando se empestillaba en una cosa. Sin embargo el viejo herrero era justo y franco. Cier-to día, por ejemplo, juzgando el trabajo de su hijo, no tuvo el menor reparo en confesarle que él, su padre, había tenido siempre fama de ser un insuperable constructor de ruedas, pero que él, su hijo, le aventajaba.

Magdalena Logán, la bondadosa esposa de Pablo, apreciábalo todo con los ojos de su amante corazón, quizás porque la Naturaleza habíala privado del don inapreciable de la vista... La amante ciegucecita era el ángel tutelar de la casa alrededor del cual giraban, cual obedientes satélites, los seres queridos.

Ruth, una huérfana á quien había adoptado la familia Lógan desde muy niña, que andaba cerquita de los dieciseis años, llenaba la casa de la luz de su alegría é iluminaba incluso la oscuridad de la pobre señora Magdalena. Era Ruth quien, siempre con la misma puntualidad, iba á buscar á Pablo y á Tomás Lógan para la comida ó la cena, según las horas.

—Hoy tenemos pollo asado, Tomás—había dicho Ruth el día que principia nuestra his-

toria.

—¡Ah! ¿Sí? ¡Conque pollo asado! Pues echa p'álante que voy á pillarle para regresar más aprisa á casa.

Sentados á la mesa el padre y la madre Lógan, Tomás y Ruth, se echó de menos á Jaime, el Benjamín de la familia, hermano de Tomás, un corazón de oro, 15 años. A todos extrañaba esta ausencia en hora tan crítica y habiendo en perspectiva un succulento pollo. Preso de cierto malhumor iba el padre Lógan á bendecir la comida sin aguardar á que llegase el rapazuelo, impidiéndole que tal hiciera la precipitada aparición de éste. Nada: se había indudablemente distraído cazando moscas en la calva del peluquero. Fué reprendido por su padre en esta forma:

—Si otra vez llegas después de empezar las oraciones, te castigaré sin cena.

¡Caracoles! ¡Qué porvenir! En lo sucesivo sería el primero en acudir al *toque* de rancho.

El padre Lógan empezó de nuevo la bendición, entre las mudas y malticiosas miradas que Ruth y Tomás dirigían á Jaime, todavía bajo la influencia de la recomendación de su padre. Los tres se entendían perfectamente y se querían muchísimo.

La ciega, haciéndose cargo de que Jaimito debía estar triste, sonreía también para que si él la mirara tuviera en cuenta su apoyo. Era la bondad, en su más alta expresión, que oponía un dique al rigor paterno.

A pocas horas de distancia de Lóganville^{**} elevanse los muros pavorosos del Presidio de Kansas.

Aurora Key poseía un hermoso corazón,

pero la Fatalidad, bajo la forma hedionda de de una madre sin conciencia, había hecho de ella lo que el mundo llamaría una "mujer perdida".

Juan Bénton, un granuja de aquellos que cuando no están en la cárcel lo andan buscando, utilizaba el dominio que ejercía sobre Aurora para sus fechorías.

Así hablaron la última vez que ella fué á verle á la reja de la cárcel:

—¿Has hecho lo que te dije?

—Si, Juan, he efectuado las pesquisas que me encomendaste, y he podido averiguar que el viejo Logan ha prometido á su hijo Tomás la Granja del Este como regalo de boda. Pero yo creo que sabe que hay en ella una mina de carbón.

—¡No seas tonta, mujer! ¿Crees que si lo sospechase la iba á tener sembrada de hortalizas?

—¡Quién sabe! Esas gentes sencillas no tienen ambición. Para ellas, el dinero carece de valor.

—Así es en efecto, Aurora. Para llegar hasta ellas y conseguir lo que pretendemos, te tienes que valer del corazón.

Aurora se puso en operaciones en seguida.

Llegada á Loganville, tomó el camino de la herrería, alcanzó ésta y desde afuera dijo, dirigiéndose á Tomás:

—Oiga, señor Herrero, ¿quiere usted mirarle los cascos á mi caballo? Me parece que ha perdido una herradura...

Tomás acudió gratamente sorprendido por la dulce voz que pronunciaba su nombre. En el pueblo no se veían mujeres como Aurora;

de aire tan distinguido; con una cara tan atractiva.

Desde la herrería, su padre contemplaba la galantería de Tomás hacia la amazona, que, instintivamente, no le inspiró confianza alguna.

A fin de evitar que se prolongase más el juego que estaban haciendo Aurora y Tomás, el padre llamó á éste:

—¡Tomás! ¡Ven!

Como que las órdenes del padre eran siempre respetadas, que buen cuidado había tenido en la educación de su hijo, Tomás no tuvo más remedio que despedirse de la "preciosa criatura". Durante la despedida sus manos rudas se rozaron con las suyas aterciopeladas. El contacto fué delicioso.

Mientras Aurora se alejaba de la herrería, Tomás, de vuelta á su trabajo, recibió esta advertencia de su padre:

—Tomás, esa mujer estaba "flirteando" contigo... ¡y de las coquetas no se puede esperar nada bueno!

—¡Qué cosas tiene usted, padre!

—La Sagrada Biblia dice: "Lo que siembres cosecharás", y cuando una mujer busca á un hombre... ¡malo, Tomás, malo!

—Pero, padre, si esa señorita no me ha dicho nada...

Tres domingos después. Las campanas de la Iglesia llamaban á los fieles de la aldea... Asistiendo asiduamente á los oficios, Aurora había logrado trabar amistad con Tomás. El tercer domingo, al salir de la iglesia con sus padres, Miguel y Ruth, la gentil Ruth, que tenía tanta simpatía por Tomás, éste, puesto de acuerdo de antemano con Aurora, que, según

hemos indicado, iba á misa mayor, se separó de ellos explicándoles el motivo que era éste:

—Voy á dar una vuelta por la Granja con la señorita Aurora que desea conocerla.

El padre, que á cada encuentro de su hijo con la desconocida que se había instalado en el pueblo, sermoneaba á Tomás ásperamente, los vió partir juntos en el coche de Aurora. Ruth también presenció esta partida, pero con otra clase de disgusto; éste, en lugar de enlucirla como le ocurría á su padre, solía únicamente ponerla triste...

Jaime, no le daba importancia al asunto.

En cambio, la ciegucecita, ella, la buena madre, sonreía imaginándose la simpática pareja que debían hacer su hijo y... la señorita aquella.

El aniversario de la fundación de Lóganville celebrábase cada año con gran solemnidad. Todo el mundo vestía sus mejores galas; los chiquillos brincaban de alegría... Todo era júbilo y fiesta, algazara y regocijo.

Tomás acompaña á Ruth á la feria y á la fiesta.

Miguel fué "recojido" por una carreta de bulliciosos campesinos.

Desde la puerta de su casa, los padres Lógan, vieron (ella en espíritu) el incesante desfile de gente ávida de cobrarse durante los días de la fiesta los trescientos sesenta días restantes de monotonía alternada con una sesión de cine todos los sábados en un reducido local. Los buenos viejos volvieron la vista á los años lejanos.

—¿Te acuerdas, Magdalena, de aquella alegre gira en que nos conocimos?... ¡Cómo pasan los años! ¡Parece que fué ayer...!

Y no era ayer, precisamente...

Aurora fué también á la fiesta é intencionalmente hizo de manera que Tomás la viera y, como era natural, se ofreciese á acompañarla. Ruth se resignaba sin despecho. Ruth era la misma bondad.

La fiesta estaba en su magna expresión. Entre múltiples diversiones, tuvo lugar el lanzamiento de pesos, en el que salió vencedor Tomás dando cinco metros de ventaja á sus contrincantes. Después de este concurso se iba á soltar un cerdo con el rabo engrasado; el que lograra sujetarlo sin agarrarlo más que por el rabo, ganaría el campeonato. Jaime, un demonio de chiquillo, se quitó la americana y, viendo á su hermano y á Ruth que á la sazón estaban cerca de él con Aurora, dijo al primero:

—¡Tenme la chaqueta, Tomás, que á ese cerdo le voy á atrapar yo!... ¡Ya verás qué morcillas vamos á hacer luego!

La fortuna no estuvo de parte de Jaime en esta ocasión: al perseguir al cerdo, éste se escondió debajo del tablado donde se hallaban los espectadores, Jaime pasó su cuerpo debajo del citado tablado, se rompió una madera, cayeron algunas personas é hirieron inconscientemente al atolondrado perseguidor del *cochino anima*!. Este incidente quitó encanto á la fiesta, no suprimiéndola totalmente porque, conducido el herido á su casa por Tomás seguido de Aurora y Ruth y llamado el Doctor con urgencia, éste emitió su diagnóstico; no era nada de cuidado; se trataba de una herida superficial con ligera conmoción cerebral que había determinado la pérdida del conocimiento.

Era la primera vez que Aurora entraba en

casa de Tomás, causando la natural y disimulada contrariedad á su padre. La ciegucecita, enterada de su presencia allí, fué á hablarla, á abrazarla incluso, y la dijo:

—Tomás me ha hablado de usted... y ahora veo que los elogios que me hizo de su persona eran sólo un pálido reflejo de la realidad.

Al conocer el estado del herido y cayendo ya la tarde, Aurora marchóse á su domicilio. En



—Tomás me ha hablado de usted...

el vestíbulo de la casa de los Lógan, Aurora, despidiéndose, preguntó á Tomás:

—Supongo que no tendrán inconveniente en que venga á verles á menudo. Quisiera conocerlos á todos ustedes más íntimamente...

Prendado de Aurora, Tomás la contestó:

—Aurora, es usted tan simpática y amable que me parece que nos hemos conocido todo la

vida...

Y ella, cubriéndole de expresivas miradas, repuso:

—Lo mismo me ocurre á mí respecto á usted, Tomás...

Se sucedieron los días ^{**} y, con ellos, los encuentros más ó menos fortuitos de Aurora y Tomás, hasta que un día, cosa que andaban buscando los dos, se declararon su amor... En un paraje encantador de la cima de un monte, sin más compañía que la brisa aromatizada por la vegetación silvestre, dos corazones se abrieron para que se operase la transmigración de sus almas... A la perversa Aurora jamás le había pasado por la imaginación la idea de que pudiera enamorarse realmente del hombre á quien había venido á engañar...

Echando alegría por todo su cuerpo regresó Tomás á su casa. Al llegar, su padre le tomó por su cuenta para echarle un discurso de los suyos acerca de Aurora:

—Hijo mío, te prohibo formalmente que vuelvas á tener tratos con esa astuta mujer...

Tomás, sonriéndole, le hizo esta vehemente confesión:

—¡Papá... es demasiado tarde... voy á casarme con ella!

—¿Qué estás diciendo, muchacho? ¡Tú... ca-sarte con esa...!

—¡Papá!... ¡Papá, por favor...!

—Pero ¿no te das cuenta de que esa intri-gante sólo te quiere á ti por tu dinero?... ¡Si te casas con ella, te desheredaré y no volveré á hablarte en los días de mi vida!

Cierto día, Tomás, entrevistándose con el doctor que visitaba á su hermano, le dijo que

le confesara si había esperanza para él.

—No lo sé;—respondió el médico—sólo el tiempo podrá determinarlo... Pero me temo mucho que su mentalidad sea siempre la de un niño.

¡Ah, qué desgracia tan grande si Jaime no volviera á recuperar la razón!

Y, por fin, llegó el día en que Tomás contra-jo matrimonio con Aurora, amándola con esa pasión juvenil, noble y desinteresada que sólo una mujer nos inspira en la vida.

Los jóvenes esposos vivieron con los padres de Tomás. La ciegucecita estaba muy contenta, al revés de su marido que se mantenía lo más distanciado posible de su nuera, por la cual no tenía ninguna simpatía, todo lo contrario. Podía atribuirse esa aversión á su terquedad de hombre que no admite que nadie contradiga su parecer, y éste, desde el primer día que él viera á Aurora "flirteando" como él decía, con Tomás, frente á la herrería, fué que "no era gran cosa aquella mujer, llegada de no se sabía donde".

La madre de Tomás, la pobre, hubiera querido que reinase en la casa la mayor armonía y todos sus ruegos y esfuerzos se dirigían á tal fin. Un día, hablando á solas con su esposo, la ciegucecita le dijo:

—Pablo ¿por qué no perdonas á Tomás y le das tu bendición, que es lo único que le hace falta para que su felicidad sea completa?

—Mi buena Magdalena, no insistas. Le dije que no se casara con esa mujer... porque no me gustaba lo bastante para tenerla como nuera bajo mi techo... no quiero saber nada de ese matrimonio...

—Me parece que eres algo injusto con Au-

ror. Si sólo la hubiera guiado el interés no se habría casado con nuestro hijo al enterarse que lo habías desheredado.

—Bah, ella se habrá dicho que tarde ó temprano se doblgaría la voluntad del padre...

Transcurrieron los días, y pasó un año.

Tomás, preso de terrible agitación nerviosa buscaba consuelo en los brazos de su madre. Desde la puerta de la habitación de Aurora él oía los lamentos de ésta en su lecho de sacrificio sublime. ¡Aurora daba á luz un ser, fruto de sus tiernos amores!. Durante la dolorosa operación, Tomás no era más que un niño, sin energías, y entregado á un continuo y amargo llanto entrecortado por los espasmos de la emoción.

El padre Lógan esperaba el resultado de tan fausto acontecimiento. El ser que naciera no tendría ninguna culpa, llevaría además su sangre, que era la de su hijo, y eso bastaba para que se interesara por el pequeñuelo. Algunos amigos, enterados del difícil trance de Aurora, llevaron presentes para el nuevo ser... que, porque así les parecía bien, calificaban de antemano varón. Un fanático de los deportes iba á regalarle un soberbio par de guantes de de boxeo. ¡Pero salió hembra!

La criada, tartamudeando de alegría, comunicó al abuelo la noticia:

—¡Una niña, señor Lógan!... ¡Una niña preciosa y hermosísima!

El del par de guantes se escurrió de la casa con la idea de volver en seguida á la tienda donde los había comprado para que se los cambiasen por... ¡un llorón irrompible!

En su papel de madre, el enamorado Tomás vió en Aurora una santa. Y el que había ama-

do apasionadamente á la Mujer, adoró á la Matrona.

Al cabo de cinco meses, ^{***} la niña estaba hecha un verdadero encanto... pero el carácter de la madre se había agriado. Todo la hastiaba... hasta el pasear á su hijita en el cochecito.

Cierto día en que Aurora se levantó con mayor malhumor que de ordinario, la ciega, regando las plantas del jardín, tuvo la mala fortuna de tropezar con el coche de la niña, colocado junto á la pared por Aurora que había ido á leer un poco más lejos, dándole un brusco golpe á consecuencia del cual la criatura rompió á llorar. Aquella, con gran exageración, se levantó de su asiento, fué á hacer callar á su hijita, y antes, bruscamente, apartó de allí á la ciega, diciéndole con cierto desprecio:

—¡Siempre ha de ser usted quien me la haga llorar! ¡Sólo sirve usted para estorbol!

La anciana renovó sus excusas:

—¡Ay! Perdóneme, Aurora... Ha sido sin querer... ¡Qué desgracia ser ciega!

Tomás, que á la sazón estaba colocando una herradura á un caballo, cerca del jardín de su casa, la cual, según lo hemos indicado, se hallaba á pocos pasos de la herrería, presenció la desagradable escena sin que se le escapara una sola palabra de las que pronunciaron las dos mujeres; presto acudió al lado de su madre, que se había quedado sola, pues Aurora, con la niña en brazos, acababa de irse á su habitación. La ciega comprendiendo por el acento de su voz, que su hijo, enterado de lo ocurrido, estaba disgustado por la insolencia de Aurora, supo excusar á esta:

—No la riñas... La pobre está nerviosa... ¡Es natural! Hace días que la niña está algo quejumbrosa... Debe ser para echar el primer diente.

Algo calmado, pero no convencido por el buen intento de su madre, Tomás subió á su habitación y preguntó á su esposa:

—Pero, Aurora, ¿qué te pasa?

—¿Qué quieres que me pase? ¡Que ya estoy aburrida y cansada de todo! Cansada de trabajar constantemente... cansada de esta casa...

—Aurora... Aurorita...

—...¡Cansada y harta de tí!...

Tras esta aplastante exclamación, Aurora desapareció de su cuarto. Tomás, apenado, abrazó á su tierno tesoro, mojándole las sonrosadas mejillas con dos gruesas lágrimas inquietas...

Ese paréntesis en su vida apacible, al igual que otros menos importantes, desde luego pasó... ¡El la quería tanto!...

Un mes después Juan Bénton, el instigador de Aurora, cumplida su condena, había sido puesto en libertad; pero ella le había escrito prohibiéndole que fuese á verla. En efecto, si no el amor por Tomás, por lo menos el respeto á su hija la dictó tal prohibición para el vividor, del que quería desembarazarse para siempre. Pero Juan, que no estaba dispuesto á renunciar á su «precioso auxiliar», no se atuvo á la orden recibida; presentóse á Loganville y buscóla; la halló á unos metros de la herrería, la detuvo á la fuerza y así hablaron:

—Pero, ¿por qué has venido? ¡Qué imprudencia! Máchate, por favor!

—¡Que te crees tú eso!...

El padre Logan, casualmente, sorprendió ese

encuentro y fué curioso testigo de la misteriosa conversación y de los inequívocos gestos de aquel hombre sobre la persona de Aurora, á pesar de que ésta parecía resistirse á obedecerle. Convencida al fin de la inutilidad de sus esfuerzos y al objeto de no prolongar más la entrevista á la luz del día, Aurora se separó de Juan notificándole:

—Ahora no podemos hablar... Vuelve esta noche. Tomás, que regresará antes de media hora de la ciudad, estará en el Cuartel de Bomberos, y los otros durmiendo.

Así que Tomás volvió de la ciudad, su padre, llamándole á la herrería, le comunicó:

—Tomás, dejé de hablarte de lo que *sospecha* de tu mujer, y ahora te quiero hablar de lo que *sé* de ella.

—Pero, padre, ¿todavía persistís en vuestra aversión hacia mi esposa?... Mas, ¿qué es lo que *sabéis*?

—Me consta, porque lo he visto con mis propios ojos, que, á escondidas de todos, Aurora se entiende con otro hombre...

—¿Eh? ¿Qué estáis diciendo, padre?

—¡Se burla de tí, Tomás! La elevaste hasta tí desde el arroyo, sin averiguar su origen... y es de mala ralea!

—¡Alto, por Satanás!... ¡A la madre de mi hija no puedo tolerar que la cubra de cieno ni aún mi mismo padre!

Fuera de sí, Tomás levantó sobre la cabeza de su padre un enorme martillo con la intención inconsciente de descargarlo sobre su cráneo y destrozarlo en castigo de la ofensa hecha á su esposa. La reflexión se impuso al desvarío y lo detuvo en su abominable gesto. El viejo herrero, mirándole fijamente le dijo:

—¿Te atreverías, por esa mujer á pegar tu padre?

Tomás, avergonzado y lleno de dudas y remordimientos, tiró el martillo á un rincón de la herrería y salió de ella para, al aire libre, despejar sus tenebrosas ideas...

Por la noche, en la intimidad del hogar, Tomás, que, recordando las palabras de su padre, espía todo cuanto hacía Aurora, no vió en ella nada que le llamase la atención y supuso una vez más que todo lo dicho por su padre carecía de fundamento y no eran más que suposiciones, hijas de su antipatía hacia ella. Además, ni Ruth ni Jaime,—éste, pobre idiota, á pesar de verse maltratado á menudo por Aurora,—no tenían ningun reproche que hacer de ella. Y ¿qué decir de su madre? Esta probado estaba, ponía la mejor voluntad en serle agradable á su nuera.

La antigua vida mundana, llena de libertad y de alegría, de aventuras y placeres, ejercía sobre Aurora una fascinación irresistible. Tomás, precisamente en el momento en que su esposa hojeaba un catálogo de modas, la dijo con cariño:

—Aurora, te he traído de la ciudad una sorpresa. No sé si te agradará... Mamá me dijo que con seguridad te gustaría...

Ello era... un vestido... pero ¡qué vestido! Indudablemente la modista que lo había confeccionado desconocía por completo los nuevos modelos. En cuanto á la tela... propia de una campesina de Loganville...

Aurora aceptó el presente de su esposo, abrazó á la madre de éste para darle las gracias por haber aconsejado á su hijo que le comprase tal vestido y, así que todos los de-



Tomás, oportunamente, lo sujetó.

más se hubieron retirado á sus respectivas habitaciones, recordó á su esposo:

—¿No te das cuenta, querido, de que vas á llegar tarde al simulacro?

—¡Pues si que es verdad! ¡Se me había olvidado! Anda, vé á acostarte, Aurora; regresaré tan pronto terminemos las maniobras de salvamento.

Aurora fingió obedecer á Tomás, yendo á sus habitaciones. Este iba á salir de la casa cuando su padre, acercándosele con resignada humildad le dió estos consejos:

—Tomás, te he criado con el más entrañable cariño que jamás pudo un padre sentir por su hijo. Jamás hubiera titubeado en sacrificar mi vida por apartar de tí cualquier desgracia... Para mí eres todavía un niño, Tomás... y no puedo consentir que te inflijan ningun mal... ¡Escúchame, hijo mío! Sé razonable... No te dejes engañar por esa mujerzuela...

—Por Dios, padre, no me habléis así de Aurora. Le tenéis manía á esa muchacha. En cambio, me consta que ella os aprecia.. Se me hace tarde y mis compañeros deben esperarme con impaciencia...

Se fué Tomás, y su padre, plenamente convencido de la absoluta confianza que su hijo tenía depositada en Aurora, y aflijido por la inutilidad de sus esfuerzos que trataban de quitarle la venda de sus ojos, tomó la firme resolución de velar por la honra de su familia. La ciegucecita, recién acostada, se resistía á dormirse mientras su marido no fuera á reunirse con ella, como de costumbre. Este último puso en juego su astucia para hacer creer á su esposa que ya se desnudaba; y para ello hizo caer dos veces una bota cual si en efecto acabara de

descalzarse. La bondadosa anciana, tranquilizada, entro lentamente en el blando período de descanso...

Pablo Lógan salió de la habitación y se ocultó en el jardín. A poco, Juan Bénton, fiel á su promesa, á pesar de la lluvia torrencial y



—Tomás, te he criado con el más entrañable cariño...

que estaba ya en el comedor, dispuesta á salir á recibir á su ex-amante, tuvo que atenderle allí mismo suplicándole, sin embargo, que no en la creencia, justificada á aquellas horas, de que todos dormían en la casa, sin más autorización que su antojo entró en ella. Aurora,

intentase apelar á la violencia para imponer sus caprichos, ya que, además de comprometedora y de fatales consecuencias para ambos, sería también inútil. El «vividor», riéndole á la cara, la dijo:

—Aurora, es una simpleza que te sigas forjando la ilusión de que estás enamorada de ese mentecato... ¿Por qué, pues, permaneces á su lado?

—Pero, Juan, ese hombre ha sido extremadamente bueno y cariñoso para conmigo.... Además, tú no ignoras que tengo una hija...

—¡Te la traes contigo!... Tengo preparado un golpe colosal y si, como no dudo, me sale todo bien, seremos los tres ricos. Conque, ¿te vienes ó no?

—No levantes la voz de ese modo. Vete, Juan, vete... apiádate de mí... de mi hija...

—Ya sabes que no me gustan los sentimentalismos... Reflexiona durante esta noche y mañana huiremos... ¡No seas boba, mujer! ¡Mira que tú enamorarte de ese hombre!...

—Déjame, Juan... déjame...

—Si, mujer, pero ya lo sabes... mañana ahuecarás el ala conmigo... esto no tiene vuelta de hoja. ¡Adiós, preciosa! ¡Ya verás como te quiero más que nunca! ¡Anda, dame un abrazo!

Aurora le acompañó hasta la puerta de la casa, invocando la imperiosa necesidad de que no prolongara más su presencia allí y asegurándole que volverían á verse al día siguiente en cualquier parte.

La lluvia torrencial no flaqueaba un ápice en su impetuosa furia.

Pablo Lógan seguía en su puesto de vigilancia, esperando al intruso. Tan pronto le vió salir, fué á su encuentro para exigirle una expli-

cación. Más ágil que él, Juan, tras tremenda lucha, adueñóse del arma que tenía su contricante, y ante el temor de un feroz asalto del viejo, que se defendía con una energía incomparable, disparó el rifle á quemarropa, tendiéndole al suelo gravemente herido. Cumplida su criminal acción, dióse á la fuga.

Entretanto Tomás Lógan, anonadado por las rudas palabras de su padre, cuyos terribles ecos resonaban aún en sus oídos, no pudo llegar hasta el lugar donde se celebraba la reunión de los bomberos del pueblo, y regresó á su casa inquieto. Antes de que Aurora, que había oído perfectamente el disparo, produciéndole el consiguiente espanto, y su madre y Ruth, también alarmadas, acudieran á ver lo que había sucedido, Tomás Lógan auxiliaba prestamente á su padre, tomándolo en brazos y conduciéndolo al hogar.

Jaime, que hasta que oyó el disparo estuvo divirtiéndose grotescamente con el fulgor de los relámpagos, y bajó al jardín cuando Tomás levantaba del suelo á su dolorido padre, se puso á gritar como lo que era, pobre idiota, anunciando á todos los vientos que su padre estaba muerto. Fué asimismo á avisar á los bomberos, que eran los principales habitantes del pueblo, los cuales extrañaban la tardanza de Tomás—que jamás había faltado á los simulacros—y, con pasmosa seguridad, anunció:

—¡Tomás ha matado á papá!

Simultáneamente, en casa de Lógan cuyos seres, las tres mujeres, se agitaban en un desconsuelo atroz, Tomás preguntaba á su padre:

—¿Quién te hirió, papá?... ¡Respóndeme!

—Me... hirió...

No pudo acabar la frase. Entregó su alma á

Dios.

Tomás, recordando con mayor firmeza las observaciones de su padre, se vió atormentado por una idea; fijó su vista en Aurora y, en la expresión de su rostro, creyó leer la verdad, la terrible verdad.

La ciegucecita, entretanto, abrazada al cadáver de su esposo, gemía:

—¡Ah, Pablo de mi alma!... ¡Dulce y fiel compañero de mi vida... no me dejes, por Dios!... ¿Qué será de mí sin tí?... ¿Quién ya guiará los pasos de esta pobre ciegucecita?

La gentil Ruth, inconsolable, se cobijaba bajo la protección de Tomás que la estrechaba contra sí, lo mismo que á su madre, desfallecida por la emoción.

Con Jaime á la cabeza, llegaron los vecinos alarmados y al frente de ellos el Juez. Este empezó seguidamente las diligencias propias del caso. Después de éstas, el interrogatorio al supuesto asesino:

—Este es tu rifle, ¿no es verdad, Tomás?

—Sí, es mío.

—Te aguardo en la habitación inmediata.

El agente de la autoridad quería evitar á las mujeres, pobres inocentes, la dolorosa acusación que pesaba sobre Tomás, y el que oyesen, quizás, la confesión de éste.

Y se lo llevaron preso...

Tomás estaba firmemente convencido de que Aurora había asesinado á su padre, pero el amor inmenso que la profesaba y el respeto á su hija hicieronle guardar hasta el fin del proceso un heroico silencio. Y como las circunstancias le acusaban de una manera aplastante y contundente, el Jurado emitió contra Tomás un veredicto de culpabilidad.

Al día siguiente de haber sido condenado Tomás á cadena perpétua, Aurora partió de la casa de la tragedia, pues los remordimientos no la permitían convivir con los seres que ella había hecho infelices. Dejóles esta nota de despedida.

“No quiero volver á ver á ninguno de vosotros en el resto de mi vida. No tratéis, pues, de buscarme, porque no me encontraríais.

Aurora.”

Ruth leyó el escrito, y teniendo que comunicar su contenido á su «madre», la ciegucecita, la dijo:

—Mamá, Aurora se ha marchado, pero ha dejado una carta despidiéndose de nosotros y anunciándonos que se va á vivir en la ciudad con la niña, para estar cerca de Tomás, y poder velar por él.

—¡Ah—contestó la ciega—¡Ya tú ves, Ruth, cómo yo no me engaño! Siempre dije que Aurora tenía buen corazón. ¡El pobre papá la juzgó con excesiva severidad!

Ruth, á quien aquel escrito confirmaba sus dudas de que Aurora no quería á Tomás con verdadero cariño, pues aun suponiendo que Tomás fuese el verdadero criminal, cosa que los habitantes de Loganville en su mayoría no creían y que desechaban en su casa como siendo una horrenda infamia el admitir tan sólo que Tomás matara á su padre venerado, Ruth, decíamos, entendía que Aurora, la esposa, debía compartir los sufrimientos de su esposo.

La conducta de Aurora daba mucho que pensar á Ruth, pero su espíritu, reducido á un círculo de bondad, no alcanzaba la maldad de los hechos. Lejos estaban todos los de la casa de explicarse cómo ocurrió el sangriento suceso...

y quién fué el asesino. ¡Qué misterio tan insondable!

¡Pobre Tomás! En trabajos forzados, cada día era para él una semana, cada semana un año, y cada año una eternidad... ¡una eternidad! La vida en el presidio se convierte en un hábito.

Un día, dos compañeros de trabajo de Tomás tuvieron una disputa en la que hubo de intervenir él para separarlos y la policía para conducirlos á presencia del Director, á fin de que éste inflijiera en justicia un castigo ejemplar. Tomás también fué presentado al Director, pero no en calidad de mal sujeto, sino todo lo contrario. El Director ordenó á los carceleros que se castigara al más temible alborotador, causante de la riña, á seis semanas á pan y agua, encerrado en una celda. Para vengarse, el presidiario castigado levantó una maciza barra de cobre sobre la cabeza del Director, no matándole de un solo golpe en el cráneo porque Tomás, oportunamente, lo sujetó.

Cuando los demás salieron del despacho del Director, éste retuvo en él á Tomás para darle las gracias por haberle salvado la vida, bella acción que no olvidaría nunca.

A través de tantas penas y de días tan aciagos, la ciegucecita conservaba aún su fe... Su hijo Jaime curaba progresivamente. Al indicar el doctor que ya no necesitaba más de sus visitas, la ciegucecita le besó las manos, agradecida.

—¡Dios se lo premie, doctor! Gracias á sus desvelos mi hijo Jaime ha recuperado el pleno dominio de sus facultades mentales.

El médico, modesto, replicóle:

—Creo, señora Magdalena, que sus fervorosas oraciones han sido más eficaces que mi pobre ciencia...

En efecto, Jaime no conservaba ninguna huella de su idiotéz anterior.

Por espacio de tres interminables años, desde el día que le salvara la vida, Tomás había desempeñado un cargo de confianza en la oficina del director de la Prisión.

A la sazón estaba Tomás escribiendo una carta para los suyos dirigida á Ruth. Decía así:

“Mi querida Ruth: Tengo que comunicarte una buena noticia. Hace ya mucho tiempo que el jefe de la prisión viene trabajando mi indulto, y esta vez cree seguro el conseguirlo. Tal vez sea para Navidad, pero no le digas nada á mamá, porque quiero darle una sorpresa...”

Al final de la carta hacía alusión á su hermano Jaime al que suponía en el mismo estado que antes. Apenas había terminado su cariñosa misiva á los seres queridos, el Director de la Prisión recibió esta carta:

“El consejo ha denegado de nuevo el indulto propuesto por usted á favor del recluso Tomás Lógan. Cuanto usted dice es muy cierto, pero es tan repugnante la naturaleza de su crimen que la Ley debe seguir su curso.

De usted affmo.

S. W. STONEHAN

Gobernador”.

El jefe de la prisión de Kansas, muy apenado, comunicó la mala noticia á su protegido Tomás. La ilusión de éste fué convertida en tantos pedazos como los que hizo de su carta.

En casa del honorable Gobernador, entre tanto, penetraban dos modestos visitantes que

no eran otros que la ciegucecita y su hijo Jaime. Este dirigió la palabra á la primera autoridad civil:

—Tenga la caridad de perdonarla, señor Gobernador. Mi pobre madre es ciega.

El Gobernador hizo objeto de la mejor acogida á la desdichada mujer, que le dijo:

—Perdóneme, por Dios, señor Gobernador, pero... ¿qué no haría una madre anciana y enfermiza por su hijo?... He venido á implorar, de rodillas si es preciso, el indulto de mi hijo Tomás Lógan... ¿Le recuerda usted?...

—Sí, señora; recuerdo perfectamente el caso. Ese desventurado asesinó á su padre...

—¡Ah! no crea tal cosa, señor Gobernador... ¿Cómo es posible que mi querido Tomás asesinase á su padre si le quería con delirio?

—Un jurado imparcial lo declaró culpable, y un Alto Tribunal justo y severo lo condenó á presidio...

—¡Señor Gobernador! ¡Por caridad, devuélvame mi hijo!... ¡Tenga de mí piedad y de él clemencia! Mi triste vida se aproxima á su fin... ¡Déme el consuelo de sentirlo á mi lado cuando expire!... ¡Que escuche yo su voz ya que no puedo verle!...

—Si las leyes se hicieran á gusto de las madres, los presidios estarían desiertos... Créame, señora, que me ha inspirado usted una gran compasión... pero no puede ser.

—¡Bien! Perdóneme, usted señor Gobernador... He aquí unas flores que cogí para usted, allá en mi pobre aldea... Están mustias, señor, porque las he regado con mis ardientas lágrimas...

Y la ciegucecita, acompañada de Jaime, salió tristemente del despacho del Gobernador; éste,

visiblemente emocionado, contempló las flores de la pobre mujer, viendo en ellas el símbolo del inmenso amor de madre, heroico y sublime...

En un piso de la casa ^{**}señalada con el número 17 de la calle del Este, cercana á la Prisión, ocurrían cosas trascendentales: Aurora, sentada en un sillón, leía una novela; su hijita juga-



— ... *Mi pobre madre es ciega.*

ba á su alrededor y Juan Bénton, el villano, buscaba un pretexto para atraerse de nuevo á Aurora, que desde algún tiempo se negaba á secundarle en sus fechorías. Cansado al fin de que su cómplice no le obedeciera como antes, Juan quiso exijirla el ciego acato de sus órdenes. Entonces Aurora, harta ya del servilismo en que la tenía el vividor, se rebeló contra él, obligándole á que se marchase de su casa con la

amenaza, si no lo hacía, de decir á todos que era un asesino. Tal razonamiento surtió buen efecto pues Juan, atemorizado, desapareció.

La Navidad volvió como siempre y, como cada año, trajo á la memoria de Tomás Lógan dulces recuerdos de épocas lejanas. Aquella noche soñó que iba á ver á su madre, que la estaba esperando, y que renacía la felicidad de antaño.

El despertar—¡oh desengaño de los que gimen en prisiones y sólo saben que los muros son anchos y las rejas son fuertes, y los días eternos... y que la libertad ansiada nunca llega!—fué irónico.

Llegó la primavera ^{**} perfumada, y la prisión de Kansas recibió una visita... la de Aurora y su hijita. Mientras aquella conversaba con el Jefe en el despacho; la niña, traviesa y curiosa, se escurrió hasta la otra habitación donde Tomás, cariñosamente, sin reconocerla, la dijo entre mimos:

—¡Hola, nenal ¿Por dónde has entrado?

—Mira, por ahí... mamá está con un señor...

—¡Ah! Yo tengo una niña que aproximadamente, tiene tu misma edad, y me imagino que debe, como tú, ser muy bonita...

Aurora, entretanto, había firmado la declaración siguiente:

".... Entonces, le engañé, fingiéndole un amor que no sentía y nos casamos. Más tarde vino Bénton. Concertamos nuestra fuga y en seguida ocurrió el asesinato. Lo dicho es la verdad. Pongo á Dios por testigo y firmo:

AURORA LÓGAN".

Al conducir á la niña al lado de su madre, á fin de que no se extraviara por la prisión,

Tomás reconoció á su esposa y el corazón le dió un vuelco en el pecho. Resentido contra Aurora que no había ido jamás á verle á través de las rejas y á la que seguía considerando culpable, no la miró siquiera, no ocupándose más que de su hija que, sin saberlo, había jugado con él unos momentos. Arrepentida, Aurora se sometió á las órdenes del Jefe de la Prisión, que la dijo:

Ya tengo su dirección y la tendré al corriente de todo. Puede marcharse tranquila, que haré en favor de su esposo cuanto me sea posible.

Al marcharse Aurora, Tomás tuvo que devolver su hijita á la mujer que era su perdición.

—¡Bien, Tomás!—le notificó el Jefe de la Prisión—. Tienes un corazón muy noble y un alma muy grande... Lo sé todo, pobre amigo mío, y en este mismo instante empiezo mis gestiones para que sea reparada la abominable injusticia cometida contigo.

La noticia era, ciertamente, inesperada.

El error era palmario. Los trámites fueron breves, y antes de que Juan Benton fuese hallado, Tomás Lógan fué puesto en libertad. Antes de salir de la prisión, el Jefe, contestando á las preguntas de Tomás, manifestóle:

—Sí, Tomás, es muy cierto: tu esposa ha declarado quién fué el asesino de tu padre, á pesar de que ello significa la confesión de haber tenido relaciones con otro hombre, manchado de este modo su reputación y matando tu cariño para siempre... Tengo la dirección de tu esposa, pero para yo dártela, te has de comprometer á no usar contra ella la violencia ¿Me lo juras?

—¡Desde luego! Mi sola pretensión y mi úni-

co deseo es que me devuelva mi hija, por la que he suspirado tanto tiempo...

Aurora había comprendido que tenía que ausentarse. Quizás en un lugar remoto, donde no la conociesen, podría reparar sus culpas con una vida austera de honradez y virtud...

Al momento de partir con su hijita, apareció Bénton en la casa:

—Me avisaron en Chicago que la policía me buscaba; ¿acaso me has delatado? —preguntó a Aurora.

—¡Déjame en paz!... ¡Déjame salir!

—¡No!... No te dejes marchar... sabes demasiado!

—Te dije, al separarnos, que habíamos terminado para siempre... Estoy arrepentida de las iniquidades que hice por tu culpa, y he declarado ante el Juez toda la verdad.

Tomás se hallaba en el rellano de la escalera, frente al piso de Aurora. Oyó la última frase de ésta y los gritos de Juan.

—¡Infame! ¡Delatora! ¿Supongo que no habrás dicho que maté a Pablo Logan?

Estas palabras confirmaban rotundamente que el asesino era Juan. Tomás entró en la casa, ávido de vengar al que le dió el ser. Hubiera cumplido su venganza, de no haberle gritado Aurora:

—¡No le mates, Tomás! ¡Ese perro no merece morir á tus nobles manos! ¡Deja su presa al verdugo!

Tomás soltó á Juan, quien, á traición, sacó un revólver que disparó en dirección á aquél. Pero Aurora, que había visto la maniobra, cubrió con el suyo el cuerpo de Tomás, y fué ella quien recibió la bala. La niña, miedosa, se había escondido detrás de un mueble.

Sostenida por Tomás, Aurora, llorando, le balbuceó:

—Muerdo feliz, pues con mi vida... he salvado la tuya... Si con mi sacrificio... he expiado mis crímenes... ¡perdóname... Tomás!

El cuerpo de la arrepentida quedó sin alma...



...Aurora, llorando, le balbuceó...

Al miserable Bénton, la justicia se encargó de darle el castigo que merecía.

Tomás y su hijita volvieron á Loganville llevando con ellos la dicha á la triste casa de sus mayores. La ciegucecita. Jaime y... Ruth, desbordaban de contento. Ruth le había cobrado un

gran afecto á la hija de Tomás.

Y otra vez, en los bosques, comenzó el estío, esa bella estación en que las flores, movidas por el céfiro suave, embalsaman los campos y nos hacen soñar en mágicos amores...

Abriéronse de nuevo las puertas de la herrería; resonó á lo lejos el rítmico golpear sobre el yunque, y en un corazón puro, sencillo, amante, abrióse delicadamente el capullo que tomó forma en tiempos lejanos, olvidados para siempre, para florecer en aquella primavera...

Era el amor de Ruth, que Tomás, al fin, adivinaba con emoción...

FIN



(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

Próximo número:

La sugestiva y cautivante novela-film:

EL PREMIO GORDO

por el malogrado «as» de la pantalla

WALLACE REID

Postal fotografía: **ALICE BRADY**

Sale todos los miércoles. Precio: 25 cts.

Gráficos E. VERDAGUER MORERA

Topete, 2 al 16 — Tel. 6007 — Tarrasa